

“QUE SE CUMPLAN LOS SAGRADOS  
PRINCIPIOS DE LA REVOLUCIÓN”:<sup>1</sup>  
CAMBIO Y CONTINUIDAD EN LA POLÍTICA  
DE ABASTO DE CARNE EN  
LA CIUDAD DE MÉXICO\*

---

Maria-Aparecida Lopes  
*California State University, Fresno*

Este artículo es parte de una investigación más amplia acerca de la industria ganadera mexicana entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. En otro lado se han discutido las consecuencias, para la actividad pecuaria del norte de México, del uso indiscriminado que se hizo del ganado durante el decenio revolucionario.<sup>2</sup> Aquí el objetivo es recurrir a los indicadores de matanzas de vacuno para reflexionar acerca de las condiciones de abasto en la ciudad de México (el principal mercado del país) y su relación con los criadores del norte, en el mismo contexto histórico. El argumento central está relacionado con el hecho

Fecha de recepción: 12 de noviembre de 2009

Fecha de aceptación: 8 de marzo de 2010

---

<sup>1</sup> AHDF, *Rastros* [Petición de los introductores de ganado porcino al gobernador del Distrito Federal], 10 de noviembre de 1916.

\* Agradezco los comentarios y sugerencias de la doctora Sara Ortelli, quien leyó una versión preliminar de este artículo.

<sup>2</sup> LOPES, “Revolución y ganadería en el norte de México”.

de que la historiografía más reciente sobre el tema continúa repitiendo antiguas aseveraciones, al vincular lo que denominan los precarios niveles de consumo de la carne en la capital de la República, durante el porfiriato, con las exportaciones que los norteños realizaban para Estados Unidos. Evidencia disponible sugiere que las explicaciones acerca de las deficiencias en el suministro capitalino de carne deben ir más allá de culpar al mercado externo, como se observa a partir de la comparación con el caso de Rio de Janeiro (Brasil). Más aún, como los intentos de industrialización de la carne fueron interrumpidos en pleno contexto revolucionario en México, el antiguo sistema de abasto fue preservado, pero no sin costos para una población que, año tras año, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo xx, añadía una cantidad menor de carne a sus platillos.

Este artículo se divide en tres partes: en la primera se describe, en líneas generales, el impacto de la Revolución en la economía mexicana. En la segunda se analiza, a partir de estadísticas oficiales, el comportamiento de las matanzas de vacuno en Rio de Janeiro y en la ciudad de México en los primeros años del siglo pasado. Y en el último acápite se analizan la crisis de abastecimiento que padeció esta última durante la revolución mexicana, y sus consecuencias en los años subsecuentes.

#### DEBATE HISTORIOGRÁFICO EN TORNO A LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Los estudios acerca del impacto de la Revolución en la economía y sociedad mexicanas estuvieron marcados por un claro componente ideológico. Obviamente esto no es espe-

cífico del caso mexicano —lo mismo ha sucedido en los análisis de otras guerras—, pero vale la pena insistir en este aspecto. En un principio la Revolución fue entendida como un parteaguas en el derrocamiento del proyecto liberal porfirista, a partir del cual la economía mexicana fue alterada drásticamente. En esta perspectiva, la violencia, el desabasto, las pérdidas de vidas y los rompimientos familiares, ocurridos en el contexto del conflicto armado, parecen autojustificarse o son minimizados a la luz de un futuro promisorio. Muchas de estas premisas fueron seriamente debatidas, y desde hace tiempo ya no se habla de cambio dramático, sino de continuidad; también se ha puesto en duda el tenor liberal del porfiriato y se han cuestionado los resultados de la Revolución a largo plazo, por lo que todavía hay un gran espacio de discusión teórico-metodológica que necesita ser revisado de tiempo en tiempo. La ocasión no podría ser más apropiada, reflexionar sobre los 100 años de la revolución mexicana a la luz de una prolífica producción historiográfica es adecuado, pero también es una tarea imposible de lograr en su totalidad. Como lo dijo Alan Knight en un balance acerca de la historiografía mexicana, “the task is often insuperable because, [...], the output of history has become so extensive that no individual can reasonably claim to monitor production or achieve genuine quality control”.<sup>3</sup>

Aquí no se pretende cuestionar algo que la historiografía parece haber resuelto por medio de estudios fundamentados en cuantiosa documentación primaria. Hoy se sabe

---

<sup>3</sup> KNIGHT, “Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography”, p. 340.

que la Revolución no promovió una alteración radical en el modelo económico puesto en práctica durante el porfiriato; por el contrario, los jefes posrevolucionarios fueron responsables, en algunas regiones del país, de la manutención de proyectos similares a los implementados en las últimas décadas del siglo XIX. Tal es el caso del avance de la agricultura comercial del algodón en el Valle Bajo del río Bravo, retomado durante la presidencia de Lázaro Cárdenas.<sup>4</sup> También se entiende que determinados efectos socioeconómicos deben ponderarse en el contexto de una economía de guerra, es decir, algunos sectores se beneficiaron y ciertas necesidades básicas pudieron ser atendidas, por lo menos por algún tiempo, por medio de la confiscación de productos y préstamos forzosos, entre otros medios coercitivos. En efecto, la ascensión militar de Venustiano Carranza estuvo directamente relacionada con la manutención de la actividad económica en ciertas áreas del país. Después del reconocimiento estadounidense del gobierno constitucionalista en 1915, las exportaciones regulares de henequén y café, por ejemplo, permitieron al ejército carrancista mantener preeminencia sobre los demás grupos, a partir de entonces declarados rebeldes: villistas y zapatistas.<sup>5</sup>

En lo que toca a los sectores industrial y de transportes, el resultado es más complejo; mientras algunas empresas lograron mantener el ritmo productivo sin mayores alteraciones, otras —en especial aquellas que dependían del suministro por las líneas férreas— tuvieron que interrumpir

---

<sup>4</sup> Véase WALSH, *Building the Borderlands*, pp. 112 y ss.

<sup>5</sup> HERNÁNDEZ CHÁVEZ, “Militares y negocios en la revolución mexicana”, pp. 183-187.

pir sus actividades, aunque temporalmente. Lo mismo se observa en el desempeño de las ramas agrícola y minera de exportación, que mostraron altibajos a lo largo del decenio revolucionario. En resumen, el estado actual de los estudios sobre el tema parece coincidir con la perspectiva de que el impacto fue sobre todo desigual en los diferentes sectores económicos y regiones del país, con variaciones año tras año. Lo que sigue es una descripción general, de este cuasi consenso en torno a los efectos económicos de la guerra en la economía mexicana.<sup>6</sup>

Desde la aparición del artículo de John Womack “The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920: Historiography and Analysis”, publicado en 1978, varios historiadores se han acercado al tema del estado de la economía mexicana durante los años 1910-1920 con un elemento ya sedimentado “[...] whatever the disorder and violence, a Mexican economy functioned from 1910 to 1920”. Cuestionando las perspectivas según las cuales orden y paz son condiciones *sine qua non* para la manutención de la producción y del progreso, Womack presenta un compendio de hallazgos que de alguna forma ya apuntaban a la conclusión antes señalada, pero que dispersos carecían de visión de conjunto, y que aunados al análisis de las estadísticas oficiales —de inversiones foráneas, del comercio exterior y de distribución de la tierra, entre otros índices— lo llevaron a concluir que “[...] as the violence during the Revolutionary decade deepened already severe regional disparities,

---

<sup>6</sup> KUNTZ, “El comercio exterior durante la década revolucionaria”, pp. 235-242; MARICHAL, “Avances recientes en la historia de las grandes”, pp. 32-33; GÓMEZ GALVARRIATO FREER, “Industrialización, empresas y trabajadores industriales”, pp. 791-796.

the economy increased its rate of accumulation, which it at least maintained during the 1920s and 1930s, building the capacity for enormous expansion later". Faltaba entonces, alertaba el autor, ahondar en el comportamiento de ciertas regiones y ramas económicas, instituciones y empresas a lo largo de la década revolucionaria.<sup>7</sup>

Muchos historiadores acudieron al llamado de Womack y la referencia a su tesis se hizo prácticamente obligatoria en los trabajos publicados en las décadas siguientes. En los párrafos introductorios de estos estudios el diálogo con las premisas de este autor deja entrever, *grosso modo*, que ya no se pretendía señalar los efectos negativos de la guerra, sino más bien entender cómo, a despecho de los vaivenes políticos y de la violencia, ciertas ramas de la economía habían experimentado altibajos considerables. Tales fueron los casos del comercio exterior y de los sectores industrial, minero y agrícola para exportación, y de la banca.<sup>8</sup> Estos altibajos están claramente ilustrados en la investigación de Sandra Kuntz acerca del comercio exterior mexicano, el cual, de acuerdo con la autora, "mantuvo una continuidad básica, posibilitada por la persistencia de muchas ramas de la actividad y reforzada por la demanda internacional". Si bien los cambios en el volumen o valores de las remesas mexicanas hacia el exterior se debieron a los influjos de la guerra, como se nota en las interrupciones de la producción minera, fue justamente a causa del conflicto armado que el sector reto-

---

<sup>7</sup> WOMACK, "The Mexican Economy during the Revolution", pp. 83, 102 y ss.

<sup>8</sup> Para una discusión historiográfica acerca del comportamiento del mercado interno véase AGUIRRE ROJAS, "Mercado interno, guerra y revolución en México (1870-1920)".

mó sus actividades —tan pronto como 1914 y 1915— para financiar las facciones en pugna, lo que además fue favorecido por las demandas de la primera guerra mundial y por el aumento de los precios de los minerales. Las interrupciones en el sistema de transporte ferroviario contribuyeron a dificultar el flujo de las importaciones mexicanas a partir de 1911; no obstante, ya en 1914 el sector se recuperó gracias a las compras de alimentos básicos, de manufacturas de algodón y de material bélico, de tal modo que en 1917 ya había alcanzado cifras similares a las anotadas en 1910. Por lo que, concluye Kuntz, los cambios que se observan en los ritmos del comercio externo en el México posrevolucionario no fueron idealizados por sus protagonistas en plena contienda; valió más el peso de la crisis de 1929, que impuso un reordenamiento al comercio mundial, incluido el mexicano.<sup>9</sup>

El impacto de la Revolución en el sector productivo fue extremadamente disparate. Mientras algunos estudiosos coinciden en que a lo largo del decenio revolucionario muchas empresas lograron mantener la marcha productiva, y en algunos casos intacta su estructura física, en especial cuando describen grandes plantas, otros destacan la interrupción de las actividades y la reducción en la demanda precisamente en virtud de la guerra. Dos estudios de Aurora Gómez Galvarriato Freer ilustran esta diversidad de fenómenos. En su investigación sobre la Compañía Industrial de Orizaba y la Compañía Industrial Veracruzana la autora resalta que a despecho de la violencia “labor

---

<sup>9</sup> Véase KUNTZ, “El comercio exterior durante la década revolucionaria”, pp. 242 y ss.

productivity did not decline [...] as a consequence of the Revolution. In fact labor productivity per hour increased when working hours diminished, maintaining daily production per worker at the same levels as before”. En este caso, concluye, la Revolución sí afectó a la industria mexicana, pero no como movimiento de guerra capaz de paralizar la actividad productiva, sino como fuerza promotora de cambios institucionales. Dos de éstos fueron en especial importantes: un reordenamiento de las relaciones entre los industriales y el gobierno, a partir del cual aquéllos deberían negociar con la nueva élite, ávida por incrementar su base social, y el fortalecimiento de los trabajadores organizados en pos de mejoras salariales y de demandas sociales en general. No obstante, la Compañía de Hierros y Aceros de Monterrey no corrió con la misma suerte; entre 1911 y 1925 sus actividades tuvieron que detenerse, entre otros motivos por las interrupciones de los envíos de carbón ante el colapso del sistema de transporte ferroviario, por lo que fue hasta 1929 cuando la industria recuperó los niveles de producción registrados en 1911.<sup>10</sup>

La versión más radical de estos postulados se encuentra en el libro de Stephen Haber, Armando Razo y Noel Maurer, *The Politics of Property Rights*. De acuerdo con estos autores, el resquebrajamiento político verificado en México a partir de 1910 no puede ser traducido en regresión económica. A partir de un escrutinio minucioso de las fuentes estadounidenses de importación los autores constatan,

---

<sup>10</sup> GÓMEZ GALVARRIATO FREER, “The Impact of Revolution”, pp. 498-499; “Industrialización, empresas y trabajadores industriales”, pp. 790-796; “El desempeño de la Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey durante el porfiriato”, pp. 209, 230 y ss.



entre las últimas décadas del siglo XIX y 1929, el aumento de las exportaciones mexicanas de frijol, café y algodón, así como el incremento de la participación de estos productos en el mercado estadounidense. En lo que respecta al sector industrial afirman que fue sólo entre 1914 y 1917 que éste fue afectado; tras este lapso, la estructura, la capacidad productiva, e incluso los patrones de posesión se mantuvieron prácticamente inalterados. El estado de guerra tampoco tuvo un efecto negativo duradero en el sector minero. Una vez más, los años de mayor inestabilidad, 1913-1917, coincidieron con el contexto de mayor polarización entre los grupos armados, a causa de la caída del gobierno maderista. Pero una vez finiquitada esta fase, cuando la estructura ferrocarrilera y los precios de los minerales en el mercado internacional se restablecieron, tras un periodo de contracción, las compañías mexicanas retomaron sus actividades y tan pronto como 1920 ya habían alcanzado niveles de producción superiores a los registrados en 1911.<sup>11</sup>

Asignatura pendiente es un examen detallado acerca del estado de la economía ganadera en México antes y después de la Revolución. Vale preguntarse cuáles fueron los costos, a corto y largo plazo, de los envíos indiscriminados de ganado que se hicieron desde México a Estados Unidos entre 1910 y 1920. En lo que se refiere a efectos de corto plazo, en otro trabajo se analizaron las diferencias, en lo que respecta a la intensidad de la merma del patrimonio ganadero en los principales productores de la frontera norte: Sonora y Chihuahua. Pese a que ambos estados perdie-

---

<sup>11</sup> HABER, RAZO y MAURER, *The Politics of Property Rights*, pp. 18-40 y 323-341.

ron, respectivamente, en promedio entre 50 y 80% de su población vacuna, el proceso de recuperación de las manadas locales evidencia un cambio significativo. Hacia 1920 Sonora sobrepasó a Chihuahua en existencias de ganado vacuno y caballar, cuando en 1906 la situación era la inversa. Lo anterior puede atribuirse al hecho de que Sonora fue menos afectado que Chihuahua durante la Revolución, pero también a que la victoria de los sonorenses facilitó la captación de recursos que promovieron una rápida reconstrucción de su estado. Por otra parte, la incertidumbre, en lo que respecta a la intensidad del reparto agrario en Chihuahua, sin duda retardó el flujo de inversiones en la actividad pecuaria de la entidad, por lo que un examen sobre el tema debe considerar, además de las depredaciones al patrimonio ganadero, los cambios institucionales —en los ámbitos político y agrario— que alteraron, aunque de manera temporal, los patrones de existencias en el norte de México.<sup>12</sup>

Si en términos macroeconómicos, tal como aquí se ilustró, ciertos sectores presentaron altibajos considerables, ¿cuáles fueron los efectos de los desajustes del decenio revolucionario en el cotidiano de la capital nacional? Pese a que esta pregunta todavía no ha sido contestada en detalle por los estudiosos, se reconoce que a lo largo del periodo en cuestión los capitalinos sufrieron por el desabasto, las epidemias y las especulaciones con la moneda. Estos desajustes se manifestaron de manera más intensa hacia la segunda mitad de 1914, y tal como lo afirman Ariel Rodríguez Kuri y María Eugenia Terrones, “en realidad, una política de abasto, control de precios y control sanitario requiere un

---

<sup>12</sup> LOPES, “Revolución y ganadería en el norte de México”, pp. 863 y ss.

mínimo de articulación política, militar y administrativa por parte de la autoridad”,<sup>13</sup> y como es sabido, las distintas facciones en pugna, que de tiempo en tiempo, se apoderaron de la ciudad, carecían precisamente de esta articulación. Como se nota, por ejemplo, en las medidas adoptadas para hacer frente a la escasez de alimentos, incluida la carne, que acometió a la ciudad de México en estos años. En este contexto, la primera procesadora de carne criada con el objetivo de proveer al entorno urbano, la Mexican National Packing Company, pasó al control del gobierno, y ello marcó un regreso a las prácticas de suministro existentes antes de los intentos de sus promotores: los criadores nortños, entre ellos Luis Terrazas, y los estadounidenses. Con esta decisión política se atendían los anhelos de uno de los grupos encargados del complejo sistema de abasto de la capital de la República: los introductores de ganado, pero las noticias de escasez no salieron de las páginas de los principales periódicos mexicanos.<sup>14</sup>

Para evaluar este complejo proceso, en el apartado que sigue se ilustran las condiciones del abasto de carne en la ciudad de México durante el porfiriato; esta evaluación se hace, además, a partir de la comparación con el caso de Rio de Janeiro. Curiosamente, pese a las diferencias en la dieta de mexicanos y cariocas, en ambas capitales nacionales se observan patrones similares en lo que respecta a las cantidades de carne de res disponibles en sus rastros. A partir de la construcción de este panorama, en el último apartado

---

<sup>13</sup> RODRÍGUEZ KURI y TERRONES, “Militarización, guerra y geopolítica: el caso de la ciudad de México en la Revolución”, p. 209.

<sup>14</sup> PILCHER, *The Sausage Rebellion*, pp. 143-185.

se presenta una reflexión sobre el impacto de la Revolución en este sector, en dos ámbitos de acción: por un lado en lo que dice respecto a las interrupciones en el suministro provocadas por la guerra en sí; enseguida se discute la Revolución como fuerza promotora de cambios institucionales y sus resultados para el sistema de abasto de carne en la ciudad de México en las décadas siguientes.

MÁS ALLÁ DEL SOSPECHOSO USUAL. EL ABASTO DE CARNE  
EN LA CIUDAD DE MÉXICO Y EN RIO DE JANEIRO

Antes de entrar en la discusión acerca de los patrones de consumo de carne en la ciudad de México y en Rio de Janeiro, es necesario aclarar algunos lineamientos sobre los cuales están asentadas las ideas centrales de este acápite. En primer lugar, la elección de estas ciudades está relacionada con el hecho de que, en general, la “geografía del consumo” de carne en diferentes países en el mismo contexto histórico revela un predominio de los centros urbanos por encima de los asentamientos rurales. Lo que debe atribuirse, entre otros factores, a las variaciones de precios, a las condiciones de abasto y a los hábitos alimentarios, motivos por los cuales se relacionan directamente con el nivel de vida de los sectores urbanos y con el desarrollo técnico-agrícola de la producción cárnica.<sup>15</sup> En segundo lugar, los datos aquí citados ilustran las cantidades de carne disponibles por individuo (per cápita) en los rastros de ambas

---

<sup>15</sup> GELABERT GONZÁLEZ y ENRÍQUEZ MORALES, “Un aspecto del consumo alimenticio en la España de la segunda mitad del siglo XIX”, pp. 621-624.

ciudades, o sea, aquí no se pretende inferir el consumo real por grupo social, lo que requiere un trabajo que excede los límites de este estudio.<sup>16</sup>

Aunque hasta hace poco no se contaba con trabajos sobre los hábitos alimentarios en la ciudad de México en las últimas décadas del siglo XIX, el consenso entre los estudios dispersos que hacen referencia al tema es que tanto la producción como el consumo de carne de vacuno fueron en extremo bajos. Alrededor de este consenso muchos historiadores, entre los cuales incluyo mis propios hallazgos, construyeron un panorama según el cual la dieta de los mexicanos incorporaba cantidades bajas de carne de res debido a su alto precio. Los relatos de viajeros, entre otros testimonios decimonónicos, ciertamente contribuyeron a la construcción de esta imagen. Madame Calderón de la Barca, en su conocida narración sobre México, afirma: “[...] there is no country in the world where so much animal food is consumed [...]. The consumers are not the Indians, who cannot afford it, but the better class who generally eat meat three times a day”. Carl Sartorius, viajero alemán que dejó sus impresiones sobre el México decimonónico, indica: “the food of the *mestizos* is distinguished from that of the Indian, by consisting chiefly of meat”.<sup>17</sup>

En general, esta visión se ajusta a la noción de que en las últimas décadas del siglo XIX las clases populares mexicanas sufrieron un proceso de deterioro en sus condiciones básicas de vida. Sin embargo, esta perspectiva no cuadra

<sup>16</sup> Para una discusión detallada sobre el tema véase Quiroz, *El consumo como problema histórico*, 2006.

<sup>17</sup> Citado en LÓPEZ-ALONSO, “Height, Health, Nutrition and Wealth”, p. 160.

con los hallazgos de los trabajos mencionados en el primer apartado de este artículo, entre otros, y en específico con un estudio de John Coatsworth publicado en 1976. En este artículo, Coatsworth cuestiona el descenso per cápita de la producción de alimentos durante el porfiriato, debido al incremento de aquellos destinados al mercado externo, y afirma: “la producción de alimentos corrió pareja con la población [...]. Más que un descenso dramático en la producción de alimentos y en su consumo el porfiriato conoció una estabilidad general”.<sup>18</sup> El hallazgo de este autor, si bien relevador para los cultivos de maíz, frijol, chile, papa, arroz, cebada, trigo, entre otros, no hace referencia a la carne; ¿corrió con la misma suerte la producción de esta última en la ciudad de México?

Aunque en este artículo no se atiende al problema del consumo real por grupo social, el examen de las estadísticas oficiales acerca de las matanzas en la ciudad de México en las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX muestra un panorama que no coincide con la visión de deterioro permanente que estudios recientes publicados todavía parecen secundar.<sup>19</sup> La comparación con el caso de Rio de Janeiro

---

<sup>18</sup> COATSWORTH, “Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el porfiriato”, p. 183.

<sup>19</sup> En un artículo publicado recientemente Jeffrey Pilcher, entre otros autores, insiste en la noción de deterioro permanente resaltando, entre otros aspectos, el papel negativo de los ganaderos del norte de México, quienes habrían ignorado al mercado nacional en favor de sus intereses con Estados Unidos. Véase por ejemplo la siguiente afirmación: “New York City increased its meat supplies only by tapping the resources of the far West, which left Mexico unable to achieve a similar transformation. Moreover, the cattle in what remained of northern Mexico were

hace el tema aún más complejo y obliga a repensar los modelos teóricos dependentistas todavía utilizados, en lo que toca a la investigación de las condiciones de vida de la población urbana en América Latina, en las postrimerías del siglo XIX. En el caso de México las reflexiones alrededor del asunto se asientan además en la convicción de que el incremento de las remesas de los ganaderos nortños hacia Estados Unidos, en especial a partir de 1880, comprometieron al suministro interno. Al respecto, Jeffrey Pilcher afirma que después de la introducción de los ferrocarriles: “only haciendas in the lowest tier of northern states, Zacatecas, San Luis Potosí, and southern Tamaulipas regularly supplied cattle to markets in Central Mexico”.<sup>20</sup> Lo que implica que antes de 1880 los envíos del norte hacia el centro del país eran regulares y que después de esta fecha parte de estos ganaderos intensificaron sus exportaciones hacia Estados Unidos en detrimento del mercado nacional. Sin un estudio acerca de los intercambios binacionales en la frontera norte de México, antes y después de 1880, es prácticamente imposible coincidir con lo expuesto. Por otra parte, cuando se considera el caso mexicano a la luz de otro que se encontraba en condiciones similares en lo que se refiere al desarrollo industrial cárnico, es difícil no cuestionar una serie de supuestos acerca de la relación entre los mercados interno y externo.

¿Qué hay en común entre los comensales mexicanos y los brasileños? Pese a las diferencias en sus dietas, ambos casos se asemejan cuando comparamos, por un lado, el hecho de

---

shipped across the border rather than south to the capital because of the higher incomes in the United States”. En HOROWITZ, PILCHER y WATTS, “Meat for the Multitudes”, p. 1080.

<sup>20</sup> PILCHER, *The Sausage Rebellion*, p. 30.

que en una y otra capital nacional supervivían costumbres tradicionales en lo que respecta al consumo cárnico. Es decir, las matanzas clandestinas todavía constituían la forma más común de acceso a las proteínas de origen animal de gran parte de la población brasileña y mexicana, incluso aquella asentada en los centros urbanos.<sup>21</sup> Por otro lado, si se observan los datos de las cantidades de carne disponibles en los rastros de ambas capitales nacionales se nota una curiosa similitud. En la ciudad de México y en Rio de Janeiro, en la primera década del siglo xx, fueron contabilizados aproximadamente entre 40 y 45 kg de carne de res per cápita.<sup>22</sup>

En Rio de Janeiro, entre 1893 y 1912 la producción de carne de res creció casi 3% al año —al compás del incremento de la población—, aunque con caídas significativas, en especial entre 1898 y 1902, y en 1908, años en los cuales es muy probable que hubo desabasto. En lo que atañe a las especies de animales, los degüellos de reses superaron diversas veces a los de carneros y puercos registrados en los rastros locales.<sup>23</sup> Pese a que el comportamiento de

<sup>21</sup> En México, hay fotos de fines del siglo xix de vendedores ambulantes de vísceras o pepenas y chicharrones. En Brasil son los esclavos los que ilustran las escenas cotidianas de la capital del imperio, cargando carne en las calles de Rio de Janeiro. Véanse VILLALOBOS GUZMÁN, *El abasto de carne en Valladolid-Morelia. Siglo xix*, p. 103; LÓPEZ ROSADO, *Historia del abasto de productos alimenticios en la Ciudad de México*, p. 226; PILCHER, *The Sausage Rebellion*, pp. 23-25.

<sup>22</sup> PEÑAFIEL, *Anuarios Estadísticos de la República Mexicana, 1893-1907*; Gobierno de Brasil, Ministério da Agricultura, Indústria e Comércio, *Anuario Estatístico do Brazil, 1º Ano (1908-1912)*, vol. II, Economía e Finanças, Rio de Janeiro, Typographia da Estatística, 1917. Vale insistir en que estos datos están muy por encima de los niveles de matanzas registradas en el ámbito nacional en ambos casos.

<sup>23</sup> Gobierno de Brasil, *Anuario Estatístico do Brazil*, 1917, p. 138.



las matanzas de vacuno en la capital brasileña estuvo más sujeto a altibajos que en la ciudad de México, en general se observan patrones similares de suministro: en esta última entre 1878 y 1907 los sacrificios de vacuno presentaron un crecimiento anual de 3.3%, parejo al incremento poblacional, asimismo las cantidades disponibles de carne de res superaron con creces a las de los demás tipos que llegaron a los rastros de la capital de la República en estas décadas. Esta tendencia solamente fue interrumpida en 1893 y 1895, lapso en el cual México enfrentó una sequía que comprometió la producción agropecuaria en diversas regiones del país; en efecto, los estados del norte enviaron, de manera excepcional, ganado para complementar la demanda de la capital de la República.<sup>24</sup>

Pese a que estos datos son una pálida representación de lo que efectivamente llegaba a las mesas de mexicanos y cariocas, ilustran el siguiente panorama acerca de la industria de la carne en las dos ciudades: la modalidad bovina disponible en los rastros superaba varias veces a los demás tipos de carne. En ambos casos, la carne fresca es la más barata, de acuerdo con los datos de venta al mayoreo. Es decir, si bien aquí no se presentan datos acerca del consumo por grupo social, ésta era quizás la modalidad a la cual la población pobre urbana tendría mayor acceso. Sin embargo, estos hallazgos no coinciden con la explicación aceptada hasta hace poco, de que el avance del sector exportador, en ambos países, presionó a la economía de subsistencia, y como resultado la producción de géneros destinados al mer-

---

<sup>24</sup> “No debe gravarse la exportación de ganado”, 29 de julio de 1911, en *BSAM*, 35:30, p. 586; 1º de septiembre de 1905, 29:33, p. 660.

cado interno, entre ellos la de carne, declinaba y sus precios reflejaban esta perversión.<sup>25</sup> En el caso de México, la dificultad para implementar empacadoras en la capital de la República, pese a que algunas ya funcionaban en ciertos estados, los problemas con el abasto, distribución y control sanitario de la carne, además de la convicción de que el mejor ganado era enviado a Estados Unidos, eran apuntados como causas de los elevados precios del producto y consecuentemente como principales limitantes para que su consumo se extendiera a toda la población.

Sobre este último aspecto, un análisis comparado entre los registros de exportación de ganado en pie hacia Estados Unidos y los de los degüellos de bovino en la ciudad de México, no corrobora la afirmación de que los envíos al país vecino presionaron, hacia abajo, a las matanzas nacionales, por lo menos no lo hicieron en el principal mercado consumidor de carne de res del país.<sup>26</sup> De hecho, a lo largo de este periodo los criadores nortños integraron su producción al comercio internacional, sujeto a una serie de vaivenes binacionales, sin ignorar las demandas internas. El mejor ejemplo de lo anterior se observa precisamente en los intentos de la familia Terrazas de poner en marcha una empacadora de carne en la ciudad de México. Además, vale recordar que, por lo general, los criadores nortños enviaban a Estados Unidos un ganado flaco, o en ocasiones becerros que serían engordados en las

---

<sup>25</sup> Sobre el debate en Brasil véanse LINHARES y SILVA, *História política do abastecimento (1918-1974)*, p.20, y FRANK, "Exports and Inequality".

<sup>26</sup> Gobierno de los Estados Unidos, Department of Commerce, Bureau of Foreign and Domestic Commerce, *Foreign Commerce and Navigation of the United States for the Years Ending 1880-1920*, Washington, Government Printing Office.

praderas estadounidenses, a diferencia del animal introducido al centro de México, ganado de sacrificio, cuyos envíos, de acuerdo con los propios ganaderos, eran más caros.<sup>27</sup> Estas evidencias refuerzan las sospechas de que la afirmación de Coatsworth “los mexicanos no comían mejor en 1907 que en 1877, pero en promedio, ciertamente no comían menos”, con base en su análisis sobre la producción de maíz, frijol, chile, papa, arroz y trigo, entre otros, también es válida para la de carne. Más aún, estos elementos parecen indicar que las explicaciones para los problemas del abasto, y en consecuencia del consumo de carne en México, deben ir más allá de culpar al sospechoso usual: el mercado externo.

“DE LO VIVO A LO PINTADO.”<sup>28</sup> CRISIS DE ABASTO Y  
DISCURSO REVOLUCIONARIO EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Por muchos años nos hemos resignado a sufrir tan enormes abusos porque sabíamos perfectamente, que nada conseguiríamos, puesto que teníamos que luchar no sólo con la Casa Empacadora, enemigo de suyo poderoso por su vasto capital, sino también con las Autoridades contra las cuales nada podíamos hacer, puesto que ellas mismas estaban, como a todo mundo le consta, interesadas en los grandes negocios de las Compañías especialmente en los de la Empacadora, que nació y se desarrolló bajo la influencia de los científicos, que representaban, y aun

---

<sup>27</sup> “No debe gravarse la exportación de ganado”, 29 de julio de 1911. *BSAM*, 35:30, p. 586.

<sup>28</sup> La expresión intitula un acápite del cuento “Don Martín Cortés” de Manuel Payno, publicado en *El libro rojo*. El texto hace referencia a las diferentes percepciones sobre un hecho y sobre las formas de representación del mismo. Véase Payno, “Don Martín Cortés”, en PAYNO y RIVA PALACIO, *El libro rojo*, pp. 114-129.

entendemos representan gran número de acciones. Pero hoy que la Revolución ha venido a abolir todos los monopolios y a poner al trabajador mexicano en condiciones propias para que mediante su esfuerzo desarrolle su capital en beneficio del país, hemos considerado que es llegada la hora en que la Empacadora Industrial, cese de expoliarnos y rinda cuentas al Gobierno Constitucionalista de los actos reprobados que ha ejecutado al amparo de la sombra de los Gobiernos Dictatoriales.<sup>29</sup>

Este fragmento de una petición que los introductores de ganado enviaron al gobierno del Distrito Federal a fines de 1916 llama la atención por el hecho de que poco tiempo después de la ascensión de Carranza como líder nacional, ciertos grupos ya se habían apropiado del discurso revolucionario, definiendo al constitucionalismo como el sistema que haría rendir cuentas a los “poderosos, entre los que hay que contar a un gran número de extranjeros”, y a los intereses monopolistas. Unos años antes, en 1902, otros peticionarios, también en contra de los “monopolios”, utilizaron una retórica que destaca por sus intenciones liberales. En esta ocasión, los demandantes reconocieron que el proceso de industrialización de la carne era inevitable, defendieron a la libre competencia, se calificaron como “indefensos”, pero a la vez protegieron “el sistema de matanza que nos legaron nuestros abuelos”. Ello no fue específico de estos personajes; otros actores también transitaron entre una retórica y otra, aprovechándose de los nuevos espacios políticos proporcionados por el cambio radical de 1910.<sup>30</sup> Aunque la referencia

---

<sup>29</sup> AHDF, *Rastros* [Petición de los introductores de ganado porcino al gobernador del Distrito Federal], 10 de noviembre de 1916.

<sup>30</sup> AHDF, *Rastros* [Petición de los comerciantes del ramo de carnes

al “sistema de matanza que nos legaron nuestros abuelos” tiene mucho que decir sobre las controversias alrededor de la producción y distribución de la carne en la ciudad de México en vísperas y durante la Revolución, lo cierto es que la polémica en torno al tema está lejos de resumirse en la ecuación ilustrada por los introductores en el fragmento citado, es decir, en una lucha entre los intereses de los “monopolios” y de los trabajadores mexicanos. Por lo menos hasta la última década del siglo XIX, las procesadoras que ya habían sido instaladas en otras regiones del continente e incluso en otras partes de México, aún no habían entrado en el principal mercado de carnes del país, la capital de la República.<sup>31</sup> Sin embargo, a principios del siglo XX, el antiguo sistema de abasto empezó a sufrir cambios, no sólo por presión externa, sino también por presión de los propios ganaderos mexicanos, como se narra a continuación.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, el abasto de carne en la ciudad de México estuvo controlado por los llamados introductores, quienes, en subasta pública, adquirían

---

al ayuntamiento de la ciudad de México], 18 de septiembre de 1902. Vale recordar que en muchos casos estos actores acudían a los especialistas en letras, los llamados “evangelistas”, para elaborar sus peticiones, por lo que analizadas en conjunto estos documentos forman parte de una nueva cultura política que empezó a gestarse en plena Revolución. Sobre el tema véanse BARBOSA CRUZ, *El trabajo en las calles*, pp. 247 y ss.; y LEAR, *Workers, Neighbors, and Citizens*, pp. 299 y ss.

<sup>31</sup> En dos ocasiones, antes de la fundación de la Mexican National Packing Company, inversionistas estadounidenses intentaron expandir el negocio de la carne refrigerada hacia México. En 1890 un representante de Swift & Co. instaló un rastro para el corte y distribución de carne de cerdo en la capital de la República, ocho años después otra procesadora fue instalada en el noroeste de la ciudad, pero ambos negocios fracasaron. Véase PILCHER, *The Sausage Rebellion*, p. 62.

el derecho de proveer al mercado capitalino de res y carnero a un precio determinado, por un año o poco más. El suministro de cerdo estaba a cargo de los tocineros, quienes bajo la vigilancia del ayuntamiento definían el valor de la carne fresca y también de la grasa. En 1885, los registros del rastro contabilizaron unos 14 introductores de reses y carneros que arribaban a San Lucas<sup>32</sup> con manadas de aproximadamente 20 a 30 animales, y una decena o poco más de introductores de cerdo. Hacia fines del siglo, para atender a las necesidades de la población en constante incremento, confrontar al problema de las matanzas clandestinas, que continuaban ocurriendo, y mejorar las condiciones sanitarias de degüello de animales y de distribución de la carne, el gobierno de la ciudad permitió el establecimiento de mataderos privados, siempre que cumplieran con las normas sanitarias instituidas, y autorizó la construcción de un nuevo rastro, inaugurado en septiembre de 1897. Sin embargo, la casa de matanza de Peralvillo cerró sus puertas pocos días después. Aparte de los problemas operacionales,<sup>33</sup> en el mes

---

<sup>32</sup> En 1871 el ayuntamiento determinó que el rastro de San Lucas sería el único de la ciudad, exclusivo para las matanzas de reses y carneros, a partir de esta fecha quedaba vedado el degüello de animales en otra localidad y se consideraban clandestinas las matanzas ocurridas fuera de San Lucas; al igual, se prohibía la introducción de carnes frescas en la ciudad de México. Véase AHDF, *Rastros* [Petición de los comerciantes del ramo de carnes al ayuntamiento de la ciudad de México], 18 de septiembre de 1902.

<sup>33</sup> De acuerdo con los introductores de ganado: “faltaban desagües; el pavimento tenía escasa pendiente; poca resistencia las viguetas donde se colgaban las reses; no funcionaba el horno crematorio; el transporte de la carne se hacía en plataformas descubiertas y sucias, y en el patio había una gruesa capa de agua, sangre y estiércol”. Citado en LÓPEZ ROSADO, *Historia del abasto de productos alimenticios en la Ciudad de México*, p. 226.

de su fundación el rastro sufrió inundaciones que imposibilitaron los trabajos de degüello, por lo que los introductores regresaron a San Lucas, y Peralvillo tuvo que cerrar por remodelación.<sup>34</sup> En 1902 Luis Terrazas, quien ya había instalado una procesadora en Chihuahua (1898) y otra en Torreón (1901), se encargó por medio de La Internacional, S. A., de la reconstrucción de Peralvillo, que fue reinaugurado tres años después, en la condición de rastro público de la ciudad.<sup>35</sup>

Como la intención del consorcio terracista era combinar en el rastro municipal el sacrificio de animales y la industrialización de las carnes, la medida fue altamente criticada por los introductores, quienes argumentaban que “permitir a La Internacional el establecimiento de su casa de matanza, y obligarnos a nosotros a continuar en el Rastro, o impedirnos establecer nuestra casa particular, es un privilegio a favor de La Internacional que constituye un verdadero monopolio”. A lo largo de este proceso estos actores reaccionaron con vehemencia a la que afirmaban ser la intromisión de un tercer sector —además de ellos y del ayuntamiento— en “las operaciones de matanza y preparación de sus productos [que] siempre han sido [...], consideradas como un trabajo [...] que interesa úni-

<sup>34</sup> *El Economista Mexicano*, 38 (14 mayo 1904), p. 7.

<sup>35</sup> PILCHER, *The Sausage Rebellion*, pp. 89-117. El contrato establecido entre el director general de Obras Públicas del Distrito Federal, Roberto Gayol y Alberto Terrazas, gerente de La Internacional, S. A., determinaba que el nuevo rastro “[...] será el rastro público de la Ciudad de México, y solamente en dicho edificio podrá sacrificarse el ganado que llegue a la Municipalidad de México, destinado al consumo de carne fresca de la Ciudad”, en *El Economista Mexicano*, 37 (2 ene. 1904), p. 14.

ca y exclusivamente a los dueños de ganados, quienes desde tiempo inmemorial las han ejecutado del modo que han creído más conveniente a sus intereses”.<sup>36</sup> Pese a estas protestas, en esta ocasión sus “intereses” no fueron atendidos y, poco tiempo después, Peralvillo asumió funciones de rastro único de la ciudad. Sin embargo, el abasto de carnes de la ciudad de México permaneció controlado por unos cuantos, mientras las matanzas clandestinas y el expendio de carne en condiciones sanitarias dudosas abundaban. En este contexto, los estadounidenses —convencidos de que el problema del suministro en la capital de la República se debía a la ausencia de las procesadoras— consideraban poder repetir en suelo mexicano la experiencia de su país, con promesas de estándares sanitarios irreprochables y precios igualmente atractivos.<sup>37</sup>

En enero de 1908 fue fundada en Uruapan (Michoacán) la Mexican National Packing Company; su presidente John DeKay había sido secretario de la North American Beef Company, y ya había iniciado conversaciones para la fusión del negocio con La Internacional, concretada algunos años después. En la ciudad de México, la planta frigorífera del Chop, que almacenaba y distribuía el producto de Uruapan, estableció diversos expendios en el entorno urbano y, de acuerdo con la prensa local, en los primeros meses de operación de estos últimos, la “carne del popo” había tenido buena aceptación entre los consumidores, y ello era

---

<sup>36</sup> AHDF, *Rastros* [Petición de los comerciantes del ramo de carnes al ayuntamiento de la ciudad de México], 18 de septiembre de 1902; AHDF, *Rastros* [Petición de Próspero Ramírez y Juan Zepeda al presidente municipal de la ciudad de México], 1º de agosto de 1902.

<sup>37</sup> PILCHER, *The Sausage Rebellion*, pp. 89-117.



atribuido sobre todo a los bajos precios y al hecho de que producían “alimentos altamente limpios y saludables”.<sup>38</sup> Pero los días de éxito de la carne del popo fueron contados. Además de los problemas relativos a la insolvencia de la propia compañía, aunados a una mala administración, los introductores de ganado, los tablajeros e incluso los trabajadores de los rastros, que acusaban a la compañía de prácticas monopolistas, promovieron una serie de huelgas y otras formas de resistencia en contra del dominio foráneo del abasto de carne de la ciudad de México.<sup>39</sup>

Más aún, pese a que DeKay estaba convencido de la superioridad sanitaria del producto proveniente de Uruapan —y de que, tal cual había ocurrido en Estados Unidos, los envíos de carne enfriada o congelada, en lugar del ganado en pie, terminarían por abaratar los costos de producción, lo que finalmente resultaría en carne a precios más accesibles—, los consumidores todavía no se habían acostumbrado a los cortes estadounidenses, y menos a su modalidad enfriada o congelada. Aunque esta reacción no fue específica de los mexicanos, en efecto coincide con la resistencia demostrada por consumidores en otros centros urbanos a raíz de la distribución más sistemática de carnes enfriadas o congeladas;<sup>40</sup> en México prácticamente no transcurrió el

<sup>38</sup> GUZMÁN, *Michoacán y la inversión extranjera*, pp. 137-170.

<sup>39</sup> Véase AHDF, *Rastros* [Petición de los conductores y cargadores del rastro de la ciudad al gobierno del Distrito Federal], 13 de marzo de 1912.

<sup>40</sup> En Inglaterra, por ejemplo, la carne congelada era poco apreciada pues se consideraba que perdía sus propiedades nutritivas. En el paso del siglo XIX al XX especialistas en el tema, productores y médicos se dedicaron a escribir “tratados” en los cuales defendían teorías acerca del valor nutritivo de la carne en su variación congelada. En 1896 el periódico londinense *The Hospital* publicó una serie de artículos con

tiempo necesario para que el principal incentivo —carne a precios más accesibles— se materializara. Un dictamen de una autoridad brasileña sobre la implementación de los frigoríficos en Rio de Janeiro ilustra lo anterior: “embora se possa dizer, com segurança, que o uso das carnes resfriadas não entrou nos hábitos da nossa população. É também certo que o povo, em geral, prefere a carne fresca, mas essa é uma circunstância dependente do tempo para estabelecer o hábito e do custo”.<sup>41</sup> En todo caso la particularidad mexicana reside en el hecho de que este proceso fue interrumpido: primero por la desarticulación del sistema de abasto de la ciudad de México a causa de la Revolución, y segundo por los cambios y compromisos políticos ocurridos en aquel contexto. En 1914 la Mexican National Packing Company pasó al control del gobierno, lo que coincidió con el recrudecimiento del movimiento armado, y con ello el proceso de industrialización de carnes en la capital de República fue prácticamente interrumpido.<sup>42</sup>

Los problemas relativos a la precariedad del sistema de abasto de carne anotados durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX no cambiaron radicalmente

---

resultados de experimentos culinarios con carne congelada, y en sus conclusiones Samuel Rideal afirmó: “I can confidently assert that both with regard to digestibility and for the preparation of soups or beef tea the hard frozen meat is of intrinsically the same value as that which has been chilled or freshly killed”. Citado en CRITCHELL y RAYMOND, *A History of the Frozen Meat Trade*, p. 293.

<sup>41</sup> AGCRJ, *Mercados de carnes verdes*, “Parecer do diretor geral da fazenda, Dr. Geremario Telles Dantas, sobre uma proposta apresentada em 1928, tendo por fundamento o decreto no. 3932 de 12/01/1927”.

<sup>42</sup> PILCHER, *The Sausage Rebellion*, pp. 143-185; AHDF, *Rastros* [Carta de Rafael Torres al gobierno del Distrito Federal], 16 de mayo de 1913.

al iniciarse el movimiento armado. En general se informa lo conocido: matanzas clandestinas, abusos por parte de introductores y tablajeros, escasez de rastros, condiciones insalubres de degüello de los animales y de distribución de la carne, entre otros. En lo que se refiere a las cantidades de carne de res disponible en los rastros, se nota una caída de aproximadamente 1 000 toneladas en el año fiscal 1913-1914 con respecto a 1907.<sup>43</sup> Pero si se consideran estos números a la luz del incremento poblacional, así como de la desarticulación de las políticas de abasto, el descenso real de carne disponible en los rastros fue sin duda más intenso. En efecto, a partir de fines de 1913 se relata con mayor regularidad el incremento indiscriminado de los precios, las acciones de los “coyotes”,<sup>44</sup> y la desaparición de la carne de los mercados y expendios, lo que afectaba, además de a los consumidores, a una cadena de actores sociales en la capital de la República. En vísperas de la navidad de 1915, la Federación Espírita de México solicitó a la presidencia municipal la compra de 100 kg de carne a un precio especial para “dar una merienda a 1,250 niños pobres”. Otras actividades de beneficencia fueron seriamente comprometidas o de plano interrumpidas. A mediados del año siguen-

---

<sup>43</sup> PEÑAFIEL, *Anuarios Estadísticos de la República Mexicana, 1893-1907*; AHDF, *Rastros* [Oficio del consejo superior de salubridad al gobierno del Distrito Federal], 16 de mayo de 1913; AHDF, *Rastros* [Oficio del consejo superior de salubridad al gobierno del Distrito Federal], 10 de junio de 1913; AHDF, *Rastro de San Lucas* [Noticia de degüello de ganados], t. 9, 3 de febrero de 1915.

<sup>44</sup> De acuerdo con la correspondencia oficial, la mayoría de estos coyotes eran “Españoles, quienes venden a sus paisanos más barato que a los mexicanos”, en AHDF, *Reguladora del comercio, comisión carnicerías* [Oficio del gobierno del Distrito Federal], 12 de octubre de 1915.

te el gobierno de la ciudad requirió en Cuernavaca carne para “proveer [...] a los establecimientos de beneficencia, así como a las prisiones de la capital”, ya que éstos se hallaban en condición “deplorable por no encontrarse muchos artículos de primera necesidad para el abastecimiento de la plaza”.<sup>45</sup>

Diversas medidas urgentes fueron adoptadas por los grupos militares que se hicieron cargo de la ciudad de México para mantener su abasto regular. Por un lado, desde mediados de 1914 se incrementaron los pedidos de ganado a los proveedores circunvecinos de Puebla, Michoacán, Estado de México, Jalisco y Veracruz; por otro, se intentó establecer un control de precios de diversos artículos, incluida la carne, y se redujeron o anularon temporalmente algunos impuestos. A mediados de 1915, en la condición de administrador del rastro municipal el ayuntamiento mantuvo, por algún tiempo, un conteo detallado de los establecimientos registrados para el expendio de carne y de los precios que los mismos deberían fijar. Pero tales medidas paliativas no resolvían el problema del desabasto, y además comenzaron a afectar a otros sectores en la cadena de suministro de alimentos de la ciudad. En mayo de 1916 los cargadores de carne afirmaban estar ante una “disyuntiva de suspender nuestro negocio o cobrar un poco más que actualmente [en las tarifas de acarreo], para poder vivir los que no tenemos

---

<sup>45</sup> AHDF, *Reguladora del comercio, comisión carnicerías* [Carta del presidente municipal al general D. Alfredo Rodríguez], 10 de junio de 1916; AHDF, *Reguladora del comercio, comisión carnicerías* [Correspondencia entre el presidente municipal y la Federación Espírita de México], 23 de diciembre de 1915 y 24 de diciembre de 1915.

otro medio para obtener honrada y correctamente la subsistencia de nuestras familias”.<sup>46</sup>

Para mantener el suministro de algunos restaurantes, baños, fábricas, panaderías, entre otros establecimientos de la capital, el director general de los talleres del cuartel general constitucionalista, Francisco Loría, desarrolló la siguiente estrategia, “esto es procurarles [a los dueños de los expendios] combustibles a bajos precios para que ellos también reduzcan sus cuotas, y así producir el bienestar relativo que se necesita para el público consumidor”. En octubre de 1915, Loría intervino ante Ignacio C. Enríquez, presidente del ayuntamiento de México, solicitando que éste permitiera al dueño de un restaurante comprar carne “en algunos de los expendios que Ud. ha creado, a un precio menor [...], con lo que vería yo la mayor rebaja que puede hacer en las comidas”, y justificaba: “no debemos olvidar que actualmente, con el movimiento de empleados y fuerzas, muchos de aquellos, y oficiales del Ejército tienen que recurrir a las fondas para su alimentación, y de ahí mi deseo de procurarles alguna economía [...]”. Sin condiciones para desarrollar estrategias similares, los consumidores de la capital de la República se enfrentaban a la situación —definida por el delegado de rastros como “aflictiva [...], especialmente [para] las clases

---

<sup>46</sup> AHDF, *Reguladora del comercio, comisión carnicerías* [Noticia de los tablajeros que han comprado carne de res en los expendios del H. ayuntamiento], septiembre de 1915-junio de 1916; AHDF [cartas diversas de la presidencia municipal], 17 de diciembre de 1915, 19 de diciembre de 1915, 23 de noviembre de 1915 y 27 de diciembre de 1915; AHDF [Carta de Ignacio Garrido al presidente del ayuntamiento de esta ciudad], 11 de octubre de 1915; AHDF [Carta de los dueños de los carros que hacen el transporte de la carne del Rastro de la Ciudad a los expendios al presidente municipal], s.f./mayo de 1916.

media y baja, para quienes el consumo de ciertas mercancías es ya imposible” — como podían. Ante la necesidad de adquirir víveres, los vecinos se formaban en filas a las puertas de las panaderías, de los molinos y de los expendios en general, pero en el rastro éstas crecieron a tal punto que “muchas mujeres pasan la noche a [sus] puertas [...] con el fin de ganar lugar en el reparto de la sangre del día siguiente”.<sup>47</sup>

Éstos no fueron casos aislados, por el contrario, forman parte de un conjunto de agravios que dibujan un panorama de verdad caótico en la ciudad. Varios autores señalan que desde 1911 estallaron “rebeliones de consumidores” clamando por la atención a sus necesidades básicas: agua, pan, carne, entre otros alimentos, simplemente desaparecieron o sus precios los hacían inalcanzables.<sup>48</sup> Aunque constantes desde el inicio del movimiento armado, estas demostraciones se concentraron sobre todo en 1915, el llamado “año del hambre”. Pese a que los actores contemporáneos a estos sucesos tendían a buscar un culpable al cual se le pueda imputar el problema del desabastecimiento, éste no era más que el resultado de la guerra, y ésta, dice Rodríguez Kuri, “otorga un sesgo muy específico al análisis de las condiciones de vida en la ciudad de México”.<sup>49</sup> A principios de 1915

---

<sup>47</sup> AHDF, *Reguladora del comercio, comisión carnicerías* [Correspondencia entre Francisco Loría e Ignacio Enríquez], 25 de octubre de 1915 y 27 de octubre de 1915; AHDF, *Reguladora del comercio, comisión carnicerías* [Correspondencia al delegado del Consejo Superior de Gobierno en el Rastro de la ciudad], 5 de septiembre de 1915; AHDF, *Rastros* [Oficio del delegado de rastros del Distrito Federal Hipólito Aguirre], 12 de julio de 1916.

<sup>48</sup> LEAR, *Workers, Neighbors, and Citizens*, pp. 303-315.

<sup>49</sup> RODRÍGUEZ KURI, “El año cero: el ayuntamiento de México y las facciones revolucionarias”, p. 193.

los zapatistas, ante el momentáneo abandono de la capital, detuvieron el suministro de agua y alimentos a la ciudad por el sur con el objetivo de infringir bajas a las fuerzas carrancistas; los villistas hicieron lo mismo por el occidente; a su vez los comerciantes comenzaron a racionar la venta de maíz, pan, carne, entre otros artículos. Pocos meses después la población volvió a sufrir de forma más aguda por la interrupción de los envíos de víveres en dirección a la capital, esta vez resultado de la ocupación del Bajío por las fuerzas lideradas por Álvaro Obregón, y de las tarifas impuestas por los zapatistas al tránsito de provisiones en la misma región.<sup>50</sup> Asimismo, este cuadro fue agravado a raíz de los brotes epidémicos; si en 1910 el número de muertes por viruela no había alcanzado las 100 almas, en 1912 superó las 400, y tres años después “the last great smallpox epidemic in the city’s history erupted”. En términos de costos humanos, solamente en 1915 murió más de 5% de la población capitalina.<sup>51</sup>

Aunque el control definitivo de la ciudad de México por parte de los constitucionalistas en el verano de 1915 tampoco resultó en una mejoría inmediata en las condiciones de abasto de la ciudad, a partir de esta fecha y como resultado de un intento por paliar las necesidades de emer-

<sup>50</sup> ULLOA, *Historia de la revolución mexicana*, pp. 79 y ss.

<sup>51</sup> McCAA, “Missing Millions:”, pp. 379-380. En 2003 este autor presentó su cálculo para el costo demográfico de la revolución mexicana: 2.1 000 000 de individuos, siendo dos tercios de estos por fallecimientos resultantes de los combates armados y de las epidemias, un cuarto por “lost births”, y un décimo a causa del movimiento inmigratorio. Su conclusión es que en el conjunto de las denominadas guerras modernas, 25 en total, la Revolución estaría en noveno lugar, al lado de la Guerra Civil española, respecto a las pérdidas de vidas.

gencia de la población, los nuevos administradores e inspectores, entre otras autoridades, produjeron una serie de informes sistemáticos a partir de los cuales es posible apreciar la dimensión del desabasto, así como el alcance de sus medidas. Hacia mediados de 1916 una treintena de expendios de productos básicos, similar número de carnicerías y algunas tiendas de ropa y zapato pasaron a ser administrados por el ayuntamiento. Respecto a la carne, esta medida —que implicaba la reducción de los precios— fue rechazada por los introductores, quienes reaccionaron sacrificando a sus animales en casas de matanza de los municipios circunvecinos. De acuerdo con el administrador del rastro de la ciudad de México, los más afectados no eran los consumidores: “los que sí creo que se perjudiquen muy directamente, son la salubridad pública y el fisco, pues es notorio que algunos introductores con el objeto de burlar la vigilancia que aquí se ejerce [...], se van a matar sus reses a otra parte”.<sup>52</sup>

En abril de 1916, Hipólito Aguirre se hizo cargo de la dirección del rastro. Ante la necesidad de encontrar culpables del desabasto en la capital de la República, el nuevo administrador atribuyó la escasez a los introductores, a los tablajeros y a la codicia de los comerciantes extranjeros, “una de las principales causas de la carestía de la carne, [dice] es la gran escasez que de ella se nota, pues las reses que se matan en el Rastro no son, ni con mucho, suficientes para el abastecimiento total de la ciudad”, y ello se debía a

---

<sup>52</sup> RODRÍGUEZ KURI, “Desabasto, hambre y respuesta política, 1915”, pp. 157-159 e *Historia del desasosiego*, pp. 141-177; AHDF, *Rastros* [Oficio del delegado de rastros del Distrito Federal Hipólito Aguirre], 2 de septiembre de 1916.



que “los introductores de ganado, para vender carne a los tablajeros [...] abusan tratando de lucrar excesivamente”.<sup>53</sup> Pero ninguno de estos factores da cuenta de la dimensión estructural del problema: la supervivencia de un sistema anticuado de manejo y distribución de la carne, que ya no podía atender a las necesidades de la población capitalina. Una muestra es que en diversas ocasiones, en febrero de 1917, los trabajadores de los rastros, que iniciaban sus labores a las 3 de mañana, interrumpieron los servicios de degüello pues “manifestaron que ya estaban muy cansados y que no les era posible seguir trabajando”.<sup>54</sup>

En 1920-1921 registros dispersos muestran que la media diaria de vacunos sacrificados osciló entre 300 y 400 unidades entre los meses de octubre y enero, tradicionalmente los de consumo más elevado, y poco menos de 300 en los demás.<sup>55</sup> En efecto, estos datos son bastante cercanos a los anotados en 1913-1914, último año para el cual se dispone de informes relativamente sistemáticos sobre el tema, y un poco inferiores a los de 1907. En otras palabras, pareciera que la capacidad productiva de carne de res permaneció inalterada entre 1907 y 1921. En este lapso, pese a la mortandad mencionada en 1915, se observa un incremento importante de la población en la ciudad de México, lo que resultó sin duda en una reducción drástica de carne dispo-

---

<sup>53</sup> AHDF, *Rastros* [Oficio del delegado de rastros del Distrito Federal Hipólito Aguirre], 12 de julio de 1916.

<sup>54</sup> AHDF, *Rastros* [Oficio del delegado de rastros del Distrito Federal Hipólito Aguirre], 12 de febrero de 1917 y 14 de febrero de 1917.

<sup>55</sup> AHDF, *Rastro de San Lucas* [Resumen del movimiento de matanzas habidas en 1920], enero a diciembre de 1920.

nible per cápita en el perímetro urbano.<sup>56</sup> Aquí, tal como se argumentó en otro artículo, los efectos de la Revolución se hicieron sentir de manera dramática y las estadísticas de las existencias de ganado, de las importaciones de vacuno y de los registros de los rastros demuestran un deterioro notable en esta rama económica de México.<sup>57</sup>

En lo que hace a las cantidades de cabezas existentes en el país, en 1920 se registra una drástica reducción de más de 50% del total de la población ganadera registrada antes de 1910. Prueba de lo anterior es que la balanza comercial ganadera entre México y Estados Unidos desde 1880, por lo menos hasta 1920, había sido favorable para el primero, a excepción de algunos años coyunturales, en función de los vaivenes de la política arancelaria binacional, sequías y las compras de especies finas para la mejoría genética de los animales mexicanos. Sin embargo, entre 1921 y 1925 la introducción de ganado estadounidense en México tuvo como objetivo no sólo el repoblamiento de las manadas locales, diezgadas por el conflicto armado, sino también abastecer a los rastros de las principales ciudades de la República. En 1921 entraron en México más de 130 000 cabezas de vacuno, número nunca antes registrado en la historia del comercio de ganados entre los dos países.<sup>58</sup>

A partir de estos datos sería factible concluir que en esta coyuntura específica, el problema de la escasez podría atri-

---

<sup>56</sup> GORTARI RABIELA y HERNÁNDEZ FRANYUTI (comps.), *Memoria y encuentros: la ciudad de México y el Distrito Federal*, pp. 292-293.

<sup>57</sup> LOPES, "Revolución y Ganadería en el norte de México".

<sup>58</sup> Maria-Aparecida Lopes y Paolo Riguzzi, "Fronteras, comercio, y política: los intercambios entre la ganadería mexicana y la estadounidense, 1870-1947", manuscrito inédito.

buirse exclusivamente a los efectos de la guerra, y que una vez superados éstos, el suministro volvió a la normalidad, tal como observaron diversos autores respecto a otras ramas de la economía mexicana. Pero ésta es sólo una parte de la historia. Por un lado, las exportaciones masivas de ganado que se hicieron hacia Estados Unidos, más allá del número de unidades transferidas, también afectaron la capacidad reproductiva de los animales, por lo que retardaron aún más una pronta recuperación de esta actividad. Por otro, al calor del conflicto armado el gobierno mexicano pasó a administrar el rastro de la ciudad de México, pero poco tiempo después mantuvo el modelo legado por el porfiriato. Ello pudo haber complacido, aunque temporalmente, a un sector de la sociedad capitalina: los introductores —pero también a los empleados de los rastros, a los conductores de carne, entre otros— que habían logrado mantener, “desde tiempo inmemorial”, el antiguo sistema de abasto en el principal mercado de carnes del país.

Como se mencionó al inicio de este apartado, desde el momento en que los introductores, al igual que trabajadores de los rastros, vieron que su negocio estaba amenazado, desplegaron una serie de estrategias para borrar el avance del proceso de industrialización de la carne en la ciudad de México. A su vez, la caída del porfiriato creó un espacio político<sup>59</sup> en el cual sus anhelos podían ser atendidos, menos en función de sus convicciones políticas, y más por las necesidades de la nueva élite de construir coaliciones en el proceso de formación del Estado posrevolucionario. Para aquélla, una posible intervención extranjera en el suminis-

---

<sup>59</sup> KNIGHT, *The Mexican Revolution*, vol. 1, pp. 142-143.

tro de carne de la ciudad de México tendría un costo político que no podía sufragar, por lo que se decidió mantener, por algunos años, el modelo existente en el siglo XIX.<sup>60</sup> Convenientemente, el discurso revolucionario se ajustaba a los intereses de los introductores, resumidos por éstos en una lucha entre nacionales y foráneos. Vale recordar que entre estos últimos estaban incluidos los ganaderos del norte del país, desde entonces convertidos en enemigos de la Revolución, pero desde antes de 1910, enemigos de los mismos introductores. Sin embargo, ello tuvo un alto costo para la población de la capital del país.

Los registros disponibles de las matanzas de ganado de la década de 1920 confirman una depreciación en los patrones de consumo de la carne en la ciudad de México. Aunque en este contexto los datos disponibles respecto al Distrito Federal sin duda reconfiguran los índices hacia abajo, es adecuado afirmar que entre 1924 y 1928 hubo menos carne de vacuno disponible en los rastros de la ciudad de México de lo que se había anotado a lo largo del porfiriato; en promedio se aprecia una reducción de entre 10 y 15 kg per cápita.<sup>61</sup> En estos años, el gobierno no desconoció la necesidad de reconstruir la ganadería en México —entre otras medidas se establecieron contratos con ganaderos estadounidenses promoviendo la compra de especies genéticamente superiores para repoblar y mejorar las nativas, se

---

<sup>60</sup> PILCHER, *The Sausage Rebellion*, pp. 177-178.

<sup>61</sup> Gobierno de México, Departamento de la Estadística Nacional, *Estadística nacional, Revista mensual, Comercio Interior*, “Ganado que se sacrificó en el país para el consumo público, periodo de 1924 a 1928”, México, Talleres Gráficos de la Nación, año VI, núm. 98 (dic. 1930), pp. 550-551.

anularon los impuestos de importación de sementales de raza, se limitaron las exportaciones de vacuno, se fomentó la organización de asociaciones ganaderas y, finalmente, se organizaron campañas nacionales para establecer estándares sanitarios en el trato con los animales—, pero poco se hizo para incentivar la industria cárnica en el principal mercado del país.<sup>62</sup>

A lo largo de la década de 1920 en Rio de Janeiro, al igual que en la ciudad de México, los registros de matanzas señalan un descenso per cápita (aunque menos pronunciado que el mexicano) de carne disponible en los rastros locales. En este aspecto, la diferencia entre ambos casos, y quizás la más importante, es que por un lado, desde por lo menos los primeros años de la década, la capital nacional brasileña informaba recibir regularmente carnes refrigeradas, y por otro, alrededor de 1925 ya se habían introducido los frigoríficos en sus espacios circunvecinos.<sup>63</sup> Pero ello ocurrió no sin protestas de parte de los marchantes cariocas. De hecho, la documentación revela conflictos muy similares a los observados en la ciudad de México de la fundación de La Internacional a principios del siglo xx. Los cariocas, al igual que sus homólogos mexicanos, desplegaron una serie de estrategias en contra de las “carnes foráneas”; una de ellas

---

<sup>62</sup> Una vez más se discutió la conveniencia de limitar las exportaciones de animales para incrementar el consumo interno, tal como había sido propuesto en algunas ocasiones durante el porfiriato. Para una discusión sobre el tema a lo largo del siglo xx véase MARTÍN ECHEVERRÍA, *La ganadería mexicana*, pp. 117-118.

<sup>63</sup> Gobierno de Brasil, Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística Municipal, *Anuário Estatístico do Distrito Federal*, vi, 1938, Rio de Janeiro, Serviço Gráfico do IBGE, 1939, p. 446.

consistió en demandar el incremento de impuestos para desestimular el consumo de estas últimas en el perímetro urbano, medida que, de acuerdo con los marchantes, vendría a favorecer la *prefeitura*. Pero tal como lo relata el director general de hacienda, Geremario Telles Dantas:

[...] o matadouro do Rio só viverá com medidas compressoras contra as carnes vindas de fora. Viveu enquanto existiu realmente o monopólio. Quando a Brazilian meat conseguiu por meio do poder judiciário fender a barreira fiscal da Prefeitura, o Matadouro sofreu o primeiro golpe mortal. Pensar em restaurar aquele antigo antipático e inconveniente monopólio é uma simples ilusão, ao que tal afirmativa possa prezar os interesses fiscais da Prefeitura.<sup>64</sup>

En la ciudad de México, la nacionalización del rastro en 1927 tampoco resolvió el problema del desabasto, pero sí garantizó, por varias décadas, la manutención de los intereses de los introductores y de los trabajadores, ambos grupos ahora organizados en sindicatos bajo el auspicio de los ideales revolucionarios. Deben averiguarse en detalle las condiciones de abasto en las décadas de 1930 y 1940, pero un reporte preparado por el Departamento de Estudios Económicos en 1934 revela las muchas facetas del problema:

[...] los males y estorbos que actualmente padece la industria de la carne [...] se deben a [su] pésima organización [...]. La dispersión de los mataderos; el divorcio entre su capacidad y

---

<sup>64</sup> AGCRJ, *Mercados de carnes verdes*, "Parecer do diretor geral da fazenda, Dr. Geremario Telles Dantas, sobre uma proposta apresentada em 1928, tendo por fundamento o decreto no. 3932 de 12/01/1927".

la matanza en ellos efectuada; la ausencia casi total, en la mayoría de maquinaria y útiles; [...]; la excesiva burocratización de los que están mejor equipados; los regímenes antieconómicos y defectuosos que se han adoptado para explotarlos; la anarquía en los impuestos y en las cuotas establecidas como remuneración por las maniobras diversas a que se sujeta el ganado; y finalmente la multiplicidad de intermediarios que entorpece, dificulta y agrava las distintas fases del proceso industrial; ...<sup>65</sup>

Falta investigar los motivos por los cuales, a lo largo de la primera mitad del siglo xx los intentos sucesivos de implementación de empacadoras de carne en la ciudad de México fracasaron, pero a reserva de nuevos hallazgos, la manutención del antiguo sistema de abasto, y con ello de antiguos privilegios, parece explicar, al menos en parte, la especificidad capitalina, no sólo en comparación con otros países, sino en el propio entorno nacional.<sup>66</sup>

#### CONSIDERACIONES FINALES

La tendencia actual de los estudios acerca del impacto de la Revolución en la economía mexicana es sopesar los efectos de la guerra en una perspectiva más amplia, como se mencionó en el primer apartado de este artículo. Si bien ello es adecuado en el ámbito macroeconómico, un análisis coyuntural muestra un panorama menos optimista que tampoco puede ser olvidado. No está de más recordar que la violencia y el desabasto tuvieron consecuencias dramáticas para quie-

---

<sup>65</sup> Secretaría de la Economía Nacional, Departamento de Estudios Económicos, *La industria de la carne*, p. 139.

<sup>66</sup> REINA CELAYA, *La industria de la carne en México*, p. 285.

nes se enfrentaron a estas condiciones adversas por varios años seguidos, no sólo en regiones en las cuales se dieron los principales combates armados, sino también en la capital de la República. Tampoco se trata de reavivar los argumentos en favor de la teoría de la destrucción de la economía mexicana durante el decenio revolucionario. Ciertamente no se puede atribuir el limitado consumo de carne en la ciudad de México a las consecuencias de la Revolución, diez años después de terminada ésta, en especial cuando otras ramas de la economía mexicana presentaban índices nada despreciables de crecimiento. En este aspecto, los hallazgos aquí presentados coinciden con la historiografía actual, al señalar el peso de las decisiones políticas posrevolución como las responsables por el estado del mercado de carnes en el entorno urbano hacia fines de la década de 1920. El cumplimiento de “los sagrados principios de la revolución” que reclamaban los introductores de ganado a fines de 1916 implicaba la manutención de antiguos privilegios, que de hecho no tenían nada de revolucionarios.

#### SIGLAS Y REFERENCIAS

- AGCRJ   Arquivo Geral da Cidade do Rio de Janeiro, Brasil.  
 AHDF   Archivo Histórico del Distrito Federal, México.  
 BSAM   *Boletín de la Sociedad Agrícola Mexicana*, México.

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio

“Mercado interno, guerra y revolución en México (1870-1920)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 52:2 (1990), pp. 183-240.

BARBOSA CRUZ, Mario

*El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la ciudad de México a comienzos del siglo xx*, México, El Cole-



gio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2008.

COATSWORTH, John

“Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el porfiriato”, en *Historia Mexicana*, xxvi:2(102) (oct.-dic. 1976), pp. 167-187.

CRITCHELL, James Troubridge y Joseph RAYMOND

*A History of the Frozen Meat Trade. An Account of the Development and Present Day Methods of Preparation, Transport, and Marketing of Frozen and Chilled Meats*, Londres, Constable & Company, 1912.

FRANK, Zephyr L.

“Exports and Inequality: Evidence from the Brazilian frontier, 1870-1937”, en *The Journal of Economic History*, 61:1 (2001), pp. 37-58.

GELABERT GONZÁLEZ, Juan Eloy y M. J. ENRÍQUEZ MORALES

“Un aspecto del consumo alimenticio en la España de la segunda mitad del siglo XIX”, en *Hispania. Revista Española de Historia*, 38:140 (1978), pp. 617-640.

GÓMEZ GALVARRIATO FREER, Aurora

“Industrialización, empresas y trabajadores industriales, del porfiriato a la revolución: la nueva historiografía”, en *Historia Mexicana*, lxi:3(207) (ene.-mar 2003), pp. 773-804.

“The Impact of Revolution: Business and Labor in the Mexican Textile Industry, Orizaba, Veracruz, 1900-1930” [Summaries of Dissertations], en *The Journal of Economic History*, 61:2 (2001), pp. 497-500.

“El desempeño de la Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey durante el porfiriato. Acerca de los obstáculos a la industrialización en México”, en MARICHAL y CERUTTI, 1997, pp. 201-243.

GORTARI RABIELA, Hira de y Regina HERNÁNDEZ FRANYUTI (comps.)

*Memoria y encuentros: la Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México, Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora, 1988.

GUZMÁN A., José Napoleón

*Michoacán y la inversión extranjera, 1880-1911*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1982.

HABER, Stephen, Armando RAZO y Noel MAURER

*The Politics of Property Rights. Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia

“Militares y negocios en la revolución mexicana”, en *Historia Mexicana*, xxxiv:2(134) (oct.-dic. 1984), pp. 181-212.

HOROWITZ, Roger, Jeffrey M. PILCHER y Sydney WATTS

“Meat for the Multitudes: Market Culture in Paris, New York City, and Mexico City over the Long Nineteenth Century”, en *The American Historical Review*, 109:4 (2004), pp. 1055-1083.

ILLADES, Carlos y Ariel RODRÍGUEZ KURI (comps.)

*Ciudad de México: instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

*Instituciones y ciudad. Ocho estudios históricos sobre la ciudad de México*, México, Ediciones ¡UníoS! Sábado Distrito Federal, 2000.

KNIGHT, Alan

“Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography”, en *Bulletin of Latin American Research*, 25:3 (2006), pp. 340-366.

*The Mexican Revolution. Porfirians, Liberals, and Peasants*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, vol. 1.

KUNTZ FICKER, Sandra

“El comercio exterior durante la década revolucionaria: un acercamiento preliminar”, en *Política y Cultura*, 16 (2001), pp. 235-273.

LEAR, John

*Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City*, Lincoln, Londres, University of Nebraska Press, 2001.

LINHARES, Maria Yedda Leite y Francisco Carlos Teixeira da SILVA

*História política do abastecimento (1918-1974)*, Brasília, Bina-gri, 1979.

LOPES, Maria-Aparecida

“Revolución y ganadería en el norte de México”, en *Historia Mexicana*, LVII:3(227) (ene.-mar. 2008), pp. 863-910.

LÓPEZ-ALONSO, Moramay

“Height, health, nutrition and wealth: A history of living standards in Mexico 1870-1950”, tesis de doctorado en historia, Stanford, Stanford University, 2000.

LÓPEZ ROSADO, Diego G.

*Historia del abasto de productos alimenticios en la ciudad de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

MARICHAL, Carlos

“Avances recientes en la historia de las grandes empresas y su importancia para la historia económica de México”, en MARI-CHAL y CERUTTI (comps.), 1997, pp. 9-38.

MARICHAL, Carlos y Mario CERUTTI (comps.)

*Historia de las grandes empresas en México, 1850-1930*, Méxi-co, Universidad Autónoma de Nuevo León, Fondo de Cultura Económica, 1997.

MARTÍN ECHEVERRÍA, Leonardo

*La ganadería mexicana*, México, Banco de México S. A., Departamento de investigaciones industriales, 1960.

MCCAA, Robert

“Missing Millions: The Demographic Costs of The Mexican Revolution”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 19:2 (2003), pp. 367-400.

PAYNO, Manuel y Vicente RIVA PALACIO

*El libro rojo*, México, Conaculta, 2003.

PEÑAFIEL, Antonio

*Anuarios Estadísticos de la República Mexicana, 1893-1907*, México, Dirección General de Estadística, 1893-1907.

PILCHER, Jeffrey M.

*The Sausage Rebellion. Public Health, Private Enterprise and Meat in Mexico City, 1890-1917*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

QUIROZ, Enriqueta

*El consumo como problema histórico. Propuestas y debates entre Europa e Hispanoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2006.

REINA CELAYA, Alfonso

*La industria de la carne en México*, México, s.e., 1958.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel

*Historia del desasosiego. La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*, México, El Colegio de México, 2010.

“Desabasto, hambre y respuesta política, 1915”, en ILLADES y RODRÍGUEZ KURI (comps.), 2000, pp. 133-163.

“El año cero: el ayuntamiento de México y las facciones revolucionarias (agosto 1914-agosto 1915)”, en ILLADES y RODRÍGUEZ KURI (comps.), 1996, pp. 191-220.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel y María Eugenia TERRONES

“Militarización, guerra y geopolítica: el caso de la ciudad de México en la revolución”, en *Relaciones* 84, 21 (2000), pp. 176-224.

SECRETARÍA DE LA ECONOMÍA NACIONAL, DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS

*La industria de la carne. Abasto de ganado, distribución y consumo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934.

ULLOA, Berta

*Historia de la revolución mexicana. Periodo 1914-1917. La revolución escindida*, México, El Colegio de México, 1979.

VILLALOBOS GUZMÁN, José Eugenio

*El abasto de carne en Valladolid-Morelia. Siglo XIX*, Morelia, H. Ayuntamiento de Morelia, 2006.

WALSH, Casey

*Building the Borderlands: A Transnational History of Irrigated Cotton Along the Mexico-Texas Border*, College Station, Texas A & M University Press, 2008.

WOMACK, John

“The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920: Historiography and Analysis”, en *Marxist Perspectives*, 1:4 (1978), pp. 80-123.

